

INTRODUCCION

Somos producto del pasado. Todo lo que aquí y ahora tiene vida y esperanza, lo que cambia y se renueva, y aún lo que se limitación y carencia, nos viene - a través del tiempo- desde nuestras raíces.

Por eso es importante asomarse al pasado. Conocerlo para conocernos. Entender el ayer para explicarnos el hoy. Mirar los rostros que nos han precedido y descubrir en ellos los rasgos que se repiten para acabar de captar nuestro propio rostro en el espejo.

Asomarse al pasado como quien vuelve las páginas del álbum familiar que, en lo concreto de una sonrisa, una actitud o un paisaje, nos va entregando la Historia.

Hace cien años y más... Las primeras páginas – viejos daguerrotipos en tonos sepia, amarillentos ya- nos revelan fisonomías recias, mujeres intrépidas que no temen el riesgo, que se lanzan más allá, a través de un panorama incierto, sombrío a veces, con un sentido de la prudencia y de la eficacia, y con una paz “que no son las del mundo”.

Distancias de miles de kilómetros, comunicaciones difíciles, lengua y cultura diferentes, leyes que les son contrarias, enemigos misteriosos, amigos desconcertantes, juventud e inexperiencia de muchas... Nunca estas cosas se consideran barrera, sino más bien gajes del oficio y consecuencias de una opción, insuficientes en todo caso para hacerles perder no digamos ya el valor, sino ni siquiera el humor...

Tributarias de su época, aceptar, tras los sobresaltos del gobierno sectario, la protección de la dictadura, sin cuestionar propiamente sus estructuras, pero interpelando desde el Evangelio los comportamientos concretos y buscando, de alguna manera, equilibrarlos.

Su llegada hace impacto donde quiera que plantan su tienda en nuestra Patria. Y su presencia es significativa en la sociedad en que se ubican... Ellas lo encuentran natural: para eso han venido; es para eso que llevan en las manos el fuego que han sacado de Aquel Corazón.